

El surgimiento del marxismo latinoamericano: Haya de la Torre y Mariátegui.

Carlos Franco

El propósito de este ensayo es mostrar cómo surge el marxismo latinoamericano al abrigo de una postura teórica que invierte el sentido del análisis marxista tradicional, al reflexionar sobre Marx desde América Latina y cómo se desarrolla, en oposición real, con los enunciados que sobre el desarrollo, la nación y el socialismo se desprenden del "Marx eurocéntrico". Trataremos de evidenciar cómo Haya de la Torre y Mariátegui formulan la primera concepción marxista latinoamericana sobre estos problemas y la utilidad de su enfoque para la construcción de otro, más complejo y contemporáneo, que se constituye en la crucial tarea del presente. En vista de la indeseada y tal vez inevitable extensión del texto y pensando en el conocimiento del lector sobre las obras de Haya y Mariátegui, trataremos de economizar en lo posible las referencias directas a sus obras. Deseamos finalmente, advertir que nuestro análisis cubre el período 1920-1930 de modo que los juicios sobre Haya no hacen referencia a sus escritos ni a su comportamiento posteriores.

La concepción común

La visión eurocéntrica de América Latina se enraizó en las vanguardias políticas de nuestro continente a partir de dos vertientes del pensamiento marxista: una, más temprana, ligada a la Segunda Internacional; la otra, posterior, al movimiento comunista organizado en la Tercera Internacional. Pero, dos intelectuales y políticos latinoamericanos, José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, en la década del 20, ensayaron pensar el marxismo desde América Latina. Los planteamientos heterodoxos surgidos de ese empeño los condujeron a discrepar sustantiva-

mente de la visión y práctica de ambas corrientes y muy tempranamente sus enfoques fueron extrañados del cuerpo ideológico del marxismo oficial.

Si entiendo bien, en la fundación del "marxismo latinoamericano" por Mariátegui y Haya se encuentran dos ideas-fuerza cuya complementariedad me parece evidente: 1) La conciencia del carácter *original* de la realidad latinoamericana; 2) la percepción del marxismo como *un instrumento* de conocimiento y transformación de la sociedad.

La primera de ellas se expresó, entre otras, en la determinación de cinco clases de diferencias entre América Latina y Europa:

1) La pauta histórica del desarrollo latinoamericano rechazaba su comprensión a través del modelo unilineal de sucesión de modos de producción predicados para Europa. Ello era así no sólo porque ambos asumieron que el desarrollo de las autocentradas sociedades indígenas originales fue *interferido* por la conquista y el sistema colonial sino por que conjeturaron un modelo unilineal de desarrollo histórico. Esta conjetura, mucho más clara en Mariátegui, es explicable a partir de una matriz conceptual influida por el relativismo y la creencia en la existencia de plurales centros de iniciativa y desarrollo histórico.

2) A diferencia de Europa, América Latina no podía ser analizada a partir de un modo de producción central (capitalista para el caso de Marx y Europa). La especificidad del continente y, más precisamente, de las sociedades andinas, radicaba en la coexistencia de distintos modos de producción cuya histórica articulación se constituyó en su común objeto de estudio.

3) Ni las naciones ni el continente presentaban un principio organizador interno a

sus sociedades que fundara su consistencia frente al exterior, como era el caso de las más adelantadas naciones de Europa. La invertebración nacional y continental se expresaba en la ausencia de un principio técnico-racional que articulara la producción; en la inexistencia de un principio jerárquico-salarial que uniformara la relación entre los grupos productores; en la carencia de una tradición histórico-cultural común a los grupos étnicos; en la evanescencia de un principio político-estatal que lograra, desde las alturas, lo que la producción, la relación social, la historia y la cultura no habían construido. En reemplazo de este principio interno, las sociedades latinoamericanas eran crecientemente organizadas por un principio exterior, ajeno a su control, que las constituía como "países de reflejo". En otras palabras, para Haya y Mariátegui, la característica original de las naciones latinoamericanas frente a las europeas, era su "dependencia".

4) La originalidad del "paisaje social" latinoamericano que a diferencia del europeo, se caracterizaba por:

a) La débil, y en otros casos inexistente, articulación entre las comunidades agrarias de autoconsumo, los latifundios gobernados por relaciones jerárquico-serviles, las plantaciones mecanizadas con relaciones autoritario-salariales, los enclaves mineros y petroleros bajo control extranjero, las nacientes empresas manufactureras, el vasto conjunto de productores independientes, el creciente sector terciario. En lugar de un espacio económico nacional para los intercambios económico-financieros, las sociedades de origen indígena muestra-

ban la desarticulación de mercados locales y segmentarios. En este sentido, los enclaves mineros, agrarios y los latifundios, centros mayores de las economías andinas, ejes del desarrollo hacia afuera y bases del poder extranjero y terrateniente, reforzaban el arcaísmo de la estructura económica al no ser capaces de fundar una demanda ampliada y un mercado nacional.

- b) El desarrollo desigual, las disparidades regionales y locales, las distintas tradiciones históricas, los diferentes ritmos de crecimiento técnico, el estancamiento autárquico de las comunidades campesinas, los extensos espacios vacíos y las variantes étnico-culturales generaban condiciones de vida, cultura y trabajo radicalmente heterogéneas en relación con las que prevalecían en Europa.
- c) La extraordinariamente diversificada gama de grupos sociales incluidos en heterogéneos modos de producción a los cuales les eran inherentes distintos criterios y escalas de distribución del poder, los recursos, el prestigio, los conocimientos y, lo que es tan importante como lo anterior, las identidades étnico-culturales. Con ello lo que queremos decir es que los grupos sociales se instituían pluralmente, con frecuencia de modo *concurrente, pero pocas veces de forma recíproca*. Es evidente, en este sentido, que la ausencia de un modo generalizado de producción y reproducción de la vida (existente sí en Europa) tornaba difícil el levantamiento de un patrón común de referencia, comparación y diferen-

dación, condición inexcusable para el surgimiento no sólo de una conciencia nacional que ligara a los grupos sociales entre sí, sino también para la conversión de éstos en "clases sociales".

- d) La crítica parcelación de las conciencias y de los conflictos por el poder si los comparamos con el patrón europeo de la época. La coexistencia de movimientos indígenas milenaristas, rebeliones antilatifundistas, movilizaciones bajo el mando de caciques políticos locales, demandas regionalistas y anticentralistas dirigidas por los señores de la tierra, reclamos por el salario y/o la determinación de las jornadas de trabajo, protestas localmente circunscritas contra la presencia de empresas extranjeras, levantamientos contra "el fisco", etc., eran otras tantas expresiones, en el plano del movimiento político, de la heterogeneidad de las condiciones de vida, intereses y conciencia de los grupos sociales. El contenido, estilo y cobertura de la conciencia social y los impulsos y conflictos socio-políticos, eran entonces inasimilables a los europeos. 5) El proceso económico y político latinoamericano no se desarrollaba dentro del marco de estados nacionales independientes, como en Europa, ni dentro de sistemas coloniales, como el caso de Asia o África, sino al interior de estados independientes.

Por su historia, sus modos de producción, la inexistencia de un principio organizador interno, su fenomenología sociopolítica y el carácter de sus estados, América Latina (pero más específicamente las sociedades an-


dinas), era, entonces, una realidad "original".

El marxismo como método

El reconocimiento de la originalidad de las sociedades andinas, uno de los cuatro sectores en que Haya clasificaba los países latinoamericanos, lo condujo, y con él a Mariátegui, a definir creativamente su relación con el marxismo. Este no apareció ante ellos como una concepción ideológica ni como una teoría cerrada sino más bien como un método de conocimiento y transformación de la sociedad. Es por ello que, en el plano de la teoría, Haya no experimentó ningún problema en asociar el marxismo con el relativismo histórico mientras Mariátegui lo hacía con el anarquismo de Proudhon, el historicismo de Croce, el vitalismo bersonianiano, el psicoanálisis freudiano para aludirse, finalmente, como "un marxista insuficientemente ortodoxo". Como reiteradamente lo afirmaron, el marxismo era para ellos un instrumento, pero no cualquier instrumento. Este, por adecuarse a las demandas de una realidad distinta en relación con aquélla con la que se forjó originalmente y por expresar una concepción teórica heterodoxa, tendía a ser lo que los tecnólogos ecologistas llaman ahora una "tecnología dulce", un instrumental discreto, el nombre de una cierta flexibilidad intelectual. Ya en el 27, en su mensaje al segundo congreso obrero en Lima, Mariátegui afirmaba: "El marxismo, del cual todos hablan pero que muy pocos conocen y, sobre todo comprenden, es un método fundamentalmente dialéctico. Esto es, un método que se apoya íntegramente en la realidad, en los hechos. No es, como algunos erróneamente suponen, un cuerpo de princi-

pios de consecuencias rígidas, iguales para todos los climas históricos, y todas las latitudes sociales. Marx extrajo su método de la entraña misma de la historia. El marxismo, en cada país, en cada pueblo, opera y acciona sobre el ambiente, sobre el medio, sin descuidar ninguna de sus modalidades". Haya, a su vez, en el 28 concluía: "La doctrina del Apra significa, dentro del marxismo, una nueva y metódica confrontación de la realidad indoamericana con las tesis que Marx postulara para Europa, y como resultado de la realidad europea que él vivió y estudió, a mediados del siglo pasado. Si aceptamos que Europa y América están muy lejos de ser idénticas por su geografía, por su historia y por sus presentes condiciones económicas y sociales, es imperativo reconocer que la aplicación global y simplista a nuestro medio de doctrinas y normas de interpretación europea, debe estar sujeta a profundas modificaciones. He aquí el sentido, la dirección, el contenido doctrinario del Apra: dentro de la línea dialéctica del marxismo interpreta la realidad indoamericana. En lo que la interpretación de una realidad nueva, característica, complicada como es la nuestra, tenga que negar o modificar los preceptos que se creyeron universales y eternos, se cumplirá la ley de las contradicciones del devenir: la continuidad condicionada por la negación".

En este sentido, como se verá más adelante, ellos parecieron adherirse a la idea que expresara no hace mucho Touraine cuando sostenía la necesidad de que los instrumentos de análisis se redefinieran cuando se pasa del estudio de las sociedades dominantes al de las sociedades dependientes. Este enfoque de la metodología marxista equivalía a resignificarla y, por ello, a *fundarla*. Se trataba por



tanto de producir el marxismo (para usar una expresión feliz de Robert Paris) en contacto con una realidad original y no de reproducirlo, como era el caso de los socialistas latinoamericanos de la Segunda o de los dirigentes del Buró Sudamericano de la Tercera Internacional. Como es obvio, el uso de este instrumental metodológico, por aplicarse a una realidad distinta a la europea, los condujo a negar las conclusiones que se elaboraron a partir de ésta. Por esta razón, Haya afirmó que el Apra era precisamente marxista por negar dialécticamente el "marxismo" y, por ello mismo, el marxismo de Mariátegui lo condujo a discrepar sustantivamente de las más importantes conclusiones reiteradas por el Buró Sudamericano a partir de la aplicación del "método marxista" (entendido como "tecnología dura") a la realidad latinoamericana.

La relación con los "paradigmas" de Marx

Ahora bien, es preciso situar el pensamiento de Haya y Mariátegui en relación con los dos paradigmas interpretativos de Marx respecto al mundo oriental. Es evidente que ni uno ni otro conocieron las obras de Marx a través de las cuales se expresa el segundo momento de su pensamiento, aquél en que "la historia se descentra" y que sólo accedieron parcialmente a los libros en que el pensamiento de aquél sigue atado al paradigma eurocéntrico. Sin embargo, una lectura atenta de sus textos del 20-30 indica su ubicación en la perspectiva del segundo Marx. Creo, en este sentido, que cualquier lector con ánimo desprejuiciado observará la relativa identidad de sus puntos de vista: el rechazo del modelo capitalista europeo como prefi-

guración y espejo del desarrollo de las sociedades orientales; el reconocimiento de la conflictiva interdependencia entre occidente y oriente; el carácter nacional de los movimientos independentistas; la valoración del campesinado y los intelectuales; el papel de la comunidad en la determinación del cambio social, etc. Ciertamente ambos difirieron en sus grados de libertad con respecto al paradigma eurocéntrico de Marx pues mientras Haya intentaba una negación simétrica del mismo (recordemos sus citas frecuentes a los escritos de Marx sobre la India y aquéllas, más amplias, a Engels), Mariátegui no pareció experimentar la necesidad de elaborar su discurso en contienda con aquél (situación condicionada también por lo que, creo, fue su menor contacto comparativo con los textos de Marx y por su entrelazamiento con la cultura italiana de la época). Estas diferencias en sus relaciones con Marx terminaron expresándose en sus distintos caminos entre el 28 y el 30. Pero lo que quiero indicar aquí es que la relativa identidad de sus puntos de vista con los del segundo Marx, al no mediar el conocimiento de las obras en que éste los expresa, da cuenta de un proceso *creativo e intelectualmente independiente* de formulación teórica. Reafirmando la autonomía intelectual como condición necesaria (aunque no suficiente) para avanzar en el conocimiento de la realidad y en la elaboración teórica (idea cuya aceptación entre los marxistas latinoamericanos es de reciente data), Mariátegui y Haya estuvieron en condiciones de fundar una aproximación inquisitiva y elaborar un interrogatorio consistente a la realidad latinoamericana que se expresó en la construcción de una primera teoría marxista de la dependencia, cuya calidad es, por lo menos para

mí, claramente superior a otros intentos realizados en el Tercer Mundo en la misma época.

La autodeterminación histórica

Pero, ¿cuál fue la temática central de la reflexión de Haya y Mariátegui? Según mi opinión, ella fue la autodeterminación histórica de las sociedades andinas. Por tal entiendo la recuperación de la capacidad de las naciones con tradición indígena y, en general del continente, para radicar en su interior las decisiones centrales a través de las cuales se procesa el desarrollo de sus identidades. Como veremos más adelante, ello planteaba la necesidad de analizar un conjunto de temáticas internas al tema central: perfil del proceso de desarrollo, la vinculación entre la construcción de la nación y del socialismo, la concepción del imperialismo y del tipo de dependencia latinoamericana, la constitución de los sujetos sociopolíticos, la modalidad de su organización política, el tipo de estado a construir, etc.

Es interesante, en este sentido, recordar la concepción de Haya acerca del imperialismo y su papel en la definición de la dependencia económica y política. Es evidente para mí, que ella se constituye en oposición simétrica tanto a la expresada por Marx en sus famosos escritos sobre la India como a la de Lenin. Su definición del imperialismo se organiza a partir de los efectos que genera su presencia en "Indoamérica". Aceptando que, desde Europa y los Estados Unidos, él es la última etapa del desarrollo capitalista Haya afirma que, mirado desde Latinoamérica, el imperialismo es la primera etapa del capitalismo. En tal sentido, las pequeñas industrias manufactureras de carácter casi artesanal surgidas anterior-

mente, son calificadas como un esbozo de industrialización de dificultoso desarrollo no sólo por el contexto tradicional en que operaban sino por la posterior competencia de la manufactura extranjera y la radicación de la inversión externa. El efecto del imperialismo en el desarrollo económico es doble, pues mientras por un lado, inicia la industrialización por la maquinaria, procesos tecnológicos, división especializada del trabajo, conversión del campesino en obrero, incremento de los ingresos, generación del sindicalismo moderno, etc., que introduce en la economía nacional, por otro lado, detiene el desarrollo de una burguesía nacional, abate al pequeño y mediano comercio, refeudaliza el campo, destruye las comunidades campesinas vecinas y se apropia del control de las condiciones del proceso de industrialización. Se constituye así la teoría de la doble faz, positiva y negativa, del imperialismo. Ello, si lo observamos bien, es la traslación a su visión del imperialismo de la doble misión -civilizadora y destructiva- que Marx atribuyó a la presencia inglesa en la India. Y como en el caso de Marx, Haya define el carácter "positivo" del imperialismo en "Indoamérica" a partir de una comparación con los sistemas técnicos de producción anteriores y presentes en la sociedad tradicional. Sin embargo, al definir el carácter "negativo" de aquél se aparta sustantivamente del enfoque de Marx en dos sentidos: en primer lugar, al definirlo en un sentido distinto en relación con el pasado; en segundo lugar, al analizar la naturaleza de su influencia en el proceso de desarrollo futuro. Veamos, a diferencia de Marx, Haya no califica en términos morales la penetración imperialista, es decir, no la juzga principalmente en relación con la calidad de los métodos empleados, o

con la destrucción de las formas originales de vida y los infortunios personales o sociales que genera. Más bien, su crítica la orienta a la cancelación que comporta de un modo de industrialización nacional alternativo y a la formación de una burguesía nacional. Pero las diferencias con Marx son mucho más importantes en el segundo sentido. En efecto, mientras éste asociaba la presencia británica con la implantación de las bases de la civilización industrial en oriente, el surgimiento del proletariado fabril y el desarrollo económico vía la articulación de la economía hindú con la economía capitalista mundial, Haya sostiene exactamente lo contrario para América Latina. Su razonamiento, en este sentido, puede ser visto como el primer enfoque sobre el proceso de industrialización dependiente en América Latina. El mismo se desarrolla del siguiente modo: a) la producción de los enclaves no es "casi nunca industrial" (en el sentido de transformadora), sino extractiva de materias primas; b) dichas empresas son subalternas de la gran industria de los países desarrollados; c) la primera etapa del capitalismo (imperialismo) "no construye la máquina", ni forja el acero, ni fabrica los instrumentos menores de producción. Una y otras, así como las manufacturas, son importadas del exterior. El desarrollo industrial sigue la orientación definida por el interés de los inversionistas y esa orientación es definida en las casas matrices del extranjero. Por ello, la primera etapa de la industrialización es lenta e incompleta; d) la maquinaria y las manufacturas importadas copan el mercado y la competencia en éste es cancelada por el monopolio extranjero; e) el desarrollo de "la industria pesada", originada en Europa y los Estados Unidos por la demanda interna y la integración de las ramas pro-

ductivas no se reproduce en América Latina precisamente por la ausencia de estas condiciones; f) el proceso de industrialización entonces, no se generaliza al resto de la economía sino que refuerza su arcaísmo; g) por lo tanto, tampoco extiende el proletariado industrial y el que genera está lastrado en su capacidad de desarrollo por la baja calidad de los procedimientos técnicos que emplea y por experimentar su situación como ventajosa (vía la diferencia de sus ingresos) *vis à vis* de su antigua condición campesina. Como se observa, el enfoque de Haya se encuentra en las antípodas del "primer Marx".

El pensamiento de Mariátegui sobre el particular es menos preciso por el carácter elaborativo de su formulación, la tensión generada por el conflicto simultáneo con Haya y el Buró Sudamericano de la Tercera Internacional y la necesidad de diferenciar su posición.

Luego de describir el progresivo desplazamiento del poder británico por el norteamericano y la incursión del capital extranjero en la minería, el petróleo, las plantaciones azucareras, el comercio y las finanzas, Mariátegui observa el entrelazamiento dependiente de la economía peruana respecto a la norteamericana, vía el incremento de las exportaciones, importaciones y el endeudamiento público. En el Perú, el desarrollo capitalista interno había surgido lastrado en sus posibilidades por la carencia de "una clase burguesa capaz de organizar un estado fuerte y apto", su enlace con la aristocracia de la tierra, el poder del latifundismo, el control bancario por los terratenientes y la finanza extranjera y la ausencia en ella de toda aptitud empresarial.

El imperialismo, sin embargo, cumple una función modernizadora *vis à vis* del latifundio



al incrementar la productividad, los procedimientos técnicos y los salarios en aquellas líneas de producción en las que, por su propio interés, decide invertir. Más aún, en su "Punto de Vista Antiimperialista", al sostener que los objetivos económicos de la inversión imperial son distintos a los de la clase latifundista, Mariátegui llega a admitir que el imperialismo puede eventualmente inclinarse por una democratización de la propiedad agraria y un relativo proceso de industrialización. Sin embargo, en la exposición de la delegación peruana en la reunión de Buenos Aires del 29, concordada previamente con Mariátegui, se sostiene que "bajo ningún concepto creemos que la penetración imperialista sea un factor progresista" y que ella "deforma el proceso capitalista normal". Desafortunadamente, la desaparición del último libro de Mariátegui nos priva de un elemento fundamental para evaluar la naturaleza de su enfoque. Sin embargo, también en este caso nos encontramos con una visión distinta a la del Marx eurocéntrico.

Acerca de la nación

Mariátegui pero también Haya, distinguieron el problema de "la nación" del de "las nacionalidades". Mariátegui, en este sentido, se opuso a considerar el problema quechua y aymara como el de nacionalidades oprimidas cuya liberación debía adoptar la forma de estados independientes, separados del estado peruano. Por ello, su punto de vista fue contrario al del Buró Sudamericano de la Tercera Internacional. Haya por su parte, criticó acremente la posición comunista.

Ambos reconocieron el contenido étnico-cultural de las reivindicaciones indígenas pero

creyeron posible incluirlas dentro de una perspectiva socioeconómica más global para la cual los indios eran definidos, sea como siervos, sea como comuneros, pero siempre como campesinos. De este modo, el contenido étnico-cultural de sus reivindicaciones debía expresarse a través de la lucha contra el latifundismo y por el control de la tierra. En este enfrentamiento, los indígenas revelarían su identidad en el desarrollo de una de sus más antiguas instituciones, la comunidad indígena. Convertir a ésta entonces en el eje de la reorganización del campo implicaba satisfacer simultáneamente la demanda étnico-cultural y clasista del movimiento indígena. En este sentido, Mariátegui y Haya, como Marx en relación con la comuna rusa, afirmaron a la comunidad indígena como base de la renovación social del Perú. Para ello era preciso, coincidiendo igualmente con Marx, tecnificar sus procedimientos productivos, industrializar sus actividades y modernizarlas como cooperativas agrarias. Mariátegui, con mayor claridad que Haya, vio en la comunidad la expresión de una tradición nacional, en la cual se soportaba internamente la idea socialista proveniente de Europa y consideró preciso fundar en ella la posibilidad de la construcción del sistema socialista en el Perú. Este enfoque, pareció basarse en un análisis de la evolución histórica de la propiedad de la tierra en los países andinos de una notable similitud con aquélla que Marx advirtió en Rusia. En efecto, en su informe sobre el problema de las razas se pregunta "¿cómo podemos explicar, dentro del violento proceso de la conquista, de la formación de "reducciones" de los cambios vastos y profundos realizados por las "composiciones", la persistencia de las comunidades?, ¿cuál mo-

mentó más propicio tuvieron éstas, después, para evolucionar... que los decretos de las nuevas repúblicas, tendientes todos, directamente a la formación de la propiedad privada?" Para concluir "Verdaderamente, no creo que se pueda afirmar que el carácter del colectivismo primitivo ha sido el de evolucionar a la propiedad privada, cuando las comunidades que han seguido siendo atacadas y fragmentadas por todas partes, por un siglo más de explotación burguesa-republicana subsisten en un número tan grande y asoman su cuerpo vigoroso y siempre joven a los albores de una nueva etapa colectivista".

Pero siendo el contingente indígena un eje fundamental de la construcción de la nación no era el único. Contra corrientes milenaristas que proclamaban el retorno al incario y la identificación de la nación peruana con el movimiento indio, Mariátegui y Haya se abrieron a la consideración de los grupos criollos y de las variantes mestizas surgidas de la colonia a quienes percibieron como sujetos étnico-culturales portadores parciales de la nación. Y en tal sentido, reconocieron la necesidad de un *proceso de convergencias*, que respetando la legitimidad de las diversas parcialidades culturales, permitiera forjar una cultura nacional.

La transformación de la clave socio-étnica en una clave socioeconómica como criterio para redefinir el problema nacional, los condujo a conceptualizar el proceso histórico de formación de la nación como el producto de la articulación de los sujetos sociales bloqueados en su desarrollo por el imperialismo y la clase latifundista en el poder. Campesinos, obreros, artesanos e intelectuales fueron percibidos entonces como titulares de la nación y portadores del proyecto orientado a la re-


apropiación colectiva de la capacidad de decisión. Es así como el concepto de la nación estructura su concepción del estado y su concepción de partido.

En el partido y en el estado deberían encontrarse los sujetos de la nación con lo cual uno y otro se convierten en instrumentos de su realización. Pero, ésta, a su vez, sólo es posible a través de un proceso de desarrollo orientado por los mismos intereses que operan en el partido y el estado. De este modo, pues, la nación se convierte en "la esencia" del partido, del estado y del desarrollo.

Como se observa, este enfoque de nación, sumariamente descrita por otro lado, funda una perspectiva cualitativamente diferente a la que encontramos en cualesquiera de las etapas del pensamiento de Marx.

El problema del poder, la nación y el socialismo

El control del estado por la alianza del imperialismo y el latifundio, articulación a través de la cual el estado se perdía para la nación y el desarrollo se enajenaba al exterior, planteó a Haya y Mariátegui el problema del poder. Pero plantearse el problema del poder implicaba, en las condiciones del paisaje latinoamericano, descubrir un principio político organizador de la nación, identificar sus sujetos históricos y construir una forma de organización política de los mismos. Habida cuenta de la heterogeneidad de las condiciones de existencia, la desarticulación de los sujetos sociales, la fragmentación de sus conciencias y la pluralidad de sus impulsos por el cambio, cada uno de ellos percibió la radical incapacidad de cualesquiera de los grupos sociales para vertebrar, por sí mismos, el movimiento na-




cional contra la dominación extranjera y por el desarrollo independiente. Oponiéndose a la concepción "clasista" y a la tesis de "clase contra clase" de la Tercera, ellos estuvieron de acuerdo hasta fines del 27 en la idea de un movimiento nacional operado por la convergencia política de obreros, campesinos, intelectuales, artesanos y productores nacionales.

Cada uno de esos grupos sociales, por su enraizamiento histórico simultáneamente socioeconómico y étnico-cultural, portaba parcialmente la nación y, por tanto, el desarrollo de la identidad nacional se fundaría en un movimiento interclasista basado sincrónicamente en la definición de la política como articulación consciente y prospectiva de lo diverso y en la presión por la unidad surgida del activo conflicto con el imperialismo y el latifundismo. La ruptura del Apra en el 28, dirigida hasta ese entonces por Haya desde el exterior y por Mariátegui en el interior, dio cuenta de las diferencias en el enfoque de este movimiento. Esas diferencias se expresaron en relación con cuatro temas de crucial importancia: la visión de los grupos sociales, la sede en que se estructura el proceso articulador, la modalidad política y organizativa de la articulación y la relación del movimiento nacional antiimperialista con el socialismo.

En relación con el primer problema, Haya dudó sistemáticamente de la capacidad de los sujetos sociales para construirse autónomamente como sujetos políticos y decidir voluntariamente su articulación en un movimiento convergente. Su visión del campesinado era tributaria de la despectiva concepción del "primer" Marx para el cual aquél era poco menos que la expresión de la "barbarie". En este contexto, Haya se apoya, no por azar, en

la calificación que Engels hacía de los trabajadores del campo como "máquinas de trabajo, no hombres" para soportar sus propios juicios, que variaban entre la consideración de su "primitivismo" hasta el de su "ignorancia". La naciente clase obrera se le aparecía como "joven e inexperta", mientras los pequeños productores industriales carecían de la capacidad para desarrollarse por propia iniciativa. Su juicio respecto a las clases medias era más matizado y a un sector de ella le atribuyó un rol importante en la dirección política del estado. No es casual entonces que Haya usara el símil del "niño" para caracterizar, en uno de sus primeros libros, la condición de las incipientes clases sociales en sociedades dependientes tradicionales. Mariátegui, en cambio, orientaba su mirada hacia las experiencias campesinas que dieran cuenta de su vitalidad, de su disposición para organizar su defensa o su capacidad para adaptarse flexiblemente al uso de nuevas técnicas productivas. Reconociendo las drásticas limitaciones de la naciente clase obrera, la comparaba favorablemente con las clases obreras asiáticas de los países coloniales, reconocía su capacidad organizativa, su cultura anarquista y su vocación de autonomía. Y aunque su juicio sobre las "clases medias" las devaluó entre el 28 y el 29, reconoció el extraordinario fermento intelectual que las sacude en la década. De esta manera, ambos resuelven de maneras diametralmente distintas el complejo problema que las sociedades campesinas plantean a sus intelectuales y políticos revolucionarios.

La distinta visión de los grupos sociales tuvo vastas consecuencias en las respuestas que Haya y Mariátegui encuentran para los restantes problemas. En efecto, Haya entien-



de que la sede natural de la articulación es el estado, el cual se le aparece como la instancia dotada del poder necesario para *imponer* un principio de organización y unificación de las parcialidades sociales. Por tanto, la articulación se produciría en un movimiento descendente y autoritario que le permite al estado construir la nación. Pero operar este proceso histórico desde las alturas supone resolver el problema de la presencia de los intereses de los grupos sociales en el estado a través del principio de representación. Y para ello, Haya se justifica teóricamente, sea en los párrafos de "La sagrada familia" en los que Marx y Engels, refiriéndose a los trabajadores rurales, señalan que "ellos no pueden representarse a sí mismos, deben ser representados", sea en los juicios de Engels acerca del joven proletariado francés de inicios del XIX que lo muestra "aún enteramente inepto para la acción política independiente... estamento de la nación oprimida y sufriendo, incapaz de ayudarse a sí mismo y que a lo sumo podía recibir auxilio desde arriba, de lo alto". Precisamente, es esta concepción del estado como sede necesaria, imprescindible, del principio de articulación política la que funda en el comportamiento de Haya una línea político-militar insurreccional para la captura del poder, expresada inicialmente en el 28, en un primer intento que condiciona su ruptura con Mariátegui, y luego en las numerosas conspiraciones, rebeliones y complots que promueve en los siguientes 15 años.


Mariátegui, en cambio, desarrolla el principio de articulación en otra sede: aquella que imperfectamente llamaríamos "la sociedad civil". Para ello multiplica la concertación de los intereses de los grupos sociales, promueve el desarrollo autónomo de sus organi-

zaciones, impulsa las relaciones político-culturales y organiza una visión ideológica que resignifica los contenidos comunes de los discursos parciales. Ese comportamiento está asociado a la creencia en las posibilidades de forjar la nación en los actos cotidianos, en las instituciones que constituyen la base de la sociedad y en "el mito". El movimiento constructivo de la nación es entonces ascendente y se realiza antes y no después del acceso al poder del estado. Por tanto, la nación no es el fruto de una vanguardia estatal representativa, sino la expresión necesariamente lenta e imperfecta de plurales sujetos sociales. Esta concepción, expresiva de una veta anarquista forjada por la atmósfera ideológica peruana de comienzos del 20, explica las especiales relaciones que predica en torno al vínculo entre nación y estado, que no aparece claramente mediado por el principio de representación. Pero explica también el plazo de las estrategias en torno al poder central. Mariátegui se revuelve contra el apresuramiento y las urgencias de cierta vanguardia para una rápida toma del poder pues entiende que ella debe ser la consecuencia madura de un proceso laborioso de convergencias. Precisamente por ello somete a crítica el proyecto insurreccional de Haya y se distancia de éste.

Los efectos de la distinta visión de los grupos sociales se expresó asimismo en la distinta concepción de la organización política. La concepción hayista del Apra se basaba en la integración de la dinámica plural de las clases y grupos portadores de la nación dentro de los marcos cerrados de un partido sometido a una disciplina jerárquica, autoritaria y vertical. Con ello pretendía resolver el problema de la unidad y diversidad del cuerpo político nacional privilegiando la primera pero

a través de una modalidad organizativa que concluía imponiéndola desde arriba. Sus escritos sobre "la jefatura", la "disciplina" y la despiadada crítica a Ja que somete al "individualismo" y la pretensión de "autonomía" de los intelectuales constituyen, en este sentido, uno de los testimonios más estremeceadores de la literatura política de esos años. A través de su concepción de la organización política, Haya creyó posible aprovechar los distintos y contradictorios beneficios que para la acción política irrigaban el partido, el movimiento y el frente al tiempo que minimizaba sus distintos y contradictorios riesgos. En una carta a Mariátegui, Haya afirmaba que el Apra debía ser *simultáneamente* partido, movimiento y frente de clases. Su análisis del carácter de la sociedad peruana lo conducía a considerar la pluralidad de los intereses sociales en términos de un frente o un movimiento con las ventajas democrático-populares que le son inherentes pero también con las limitaciones de los conflictos internos, característicos de los enfoques corporativos o sectoriales existentes en aquéllos. La "inmadurez" atribuida al grado de desarrollo y conciencia de dichos grupos pareció inclinar a Haya a identificar pluralidad con división. Por otro lado, su sentido de eficacia política, definida en términos de centralización de las decisiones y ejecutoria rápida y autoritaria de las mismas, lo presionaba por una fórmula leninista de partido. Si a ello agregamos "el demonio del caudillismo" que, según Mariátegui, lo habitaba, entonces comprenderemos el especial carácter organizativo del Apra que Haya imagina entre el 28 y el 30 y que concluiría en las décadas siguientes colocando en sus manos todos los poderes enajenados de los grupos sociales constitutivos del


partido. Como se observa, existe una extraordinaria coherencia entre su concepción de las relaciones entre estado y nación y las predichas entre dirección centralizada y pluralidad de las bases sociales, en su concepción del Apra como partido. En cambio, la noción de la organización política en Mariátegui fue claramente distinta. Miembro del Apra hasta el 28, concibió ésta como un movimiento o como un frente de clases que articularía a los distintos grupos sociales portadores del proyecto de constitución de la nación. No existen testimonios acerca de cuál era el tipo de organización institucional real del Apra al que adhería pues, hasta el 28, ella no parecía ser otra cosa que pequeños grupos de estudiantes, intelectuales, artesanos y obreros, unos radicados en el Perú y otros deportados a distintos países latinoamericanos. Pero en todo caso, ella debería ser lo suficientemente abierta como para albergar una tendencia socialista de la cual Mariátegui era el promotor principal. Cuando Haya, unilateralmente y desde México, decide convertir el Apra en partido y orientarlo en una línea insurreccional, Mariátegui se esfuerza, por un tiempo, en persuadirlo de la necesidad de mantener la organización como un movimiento o frente. Cuando sus esfuerzos fracasan decide, junto con sus compañeros, constituir el comité provisional organizador del Partido Socialista al cual hace adherir al Buró Sudamericano de la Tercera Internacional. Sin embargo, sus propuestas en torno al partido y sus bases sociales, así como sus enfoques respecto al imperialismo, el problema nacional y otros, son violentamente criticados por el movimiento comunista latinoamericano. Buscando un espacio entre Haya y la Tercera, Mariátegui da cuenta en sus escritos y acciones, de los dos



últimos años de su vida, de la tensión generada por el enfrentamiento. Reclama el carácter marxista-leninista de su partido, diferenciándose así del Apra de Haya, pero envía una carta a la reunión comunista del 29 declarando su marxismo compatible con tendencias filosóficas y culturales, consideradas extrañas al cuerpo teórico marxista por el Buró Sudamericano. Afirma al Partido Socialista como expresión política de la clase obrera, distanciándose del policlasismo aprista, pero sus delegados en la reunión de Buenos Aires defienden la idea de un partido constituido por obreros, campesinos, intelectuales y artesanos, idea ésta rechazada, de modo irritado, por la dirigencia comunista. Reitera su adhesión a la Tercera Internacional pero se niega a formar un partido "comunista" y aceptar el programa sugerido por aquélla. Como se puede rápidamente colegir, estas diferencias expresaban otras más profundas en relación con su concepción del marxismo, el movimiento nacional, la nación, la cuestión indígena y el socialismo. Importa, sin embargo, reparar en dos hechos importantes: primero, no decide crear el Partido Socialista por su propia voluntad sino cuando es imposible mantener el Apra como movimiento o frente; segundo, el Partido Socialista es concebido, a juzgar por la opinión expresada por sus delegados en la citada reunión, como un movimiento interclasista en el cual el grupo "comunista" funciona como una célula secreta. Más aún, cuando se critica en aquella misma reunión la propuesta con calificativos tales como "neo-aprista", "social-demócrata" o "reformista" y se lanza contra ella la acusación de no asegurar el control comunista, los delegados socialistas no sólo se mantienen firmes en su posición sino que *admitiendo*

que la organización puede escapar a su control insisten en que, aun en esas condiciones, ella habría sido una experiencia valiosa, un paso adelante, en el aprendizaje político de la clase obrera. Mariátegui muere sin modificar sus posiciones a pesar de la fuerte presión del Buró Sudamericano y en una situación de progresivo aislamiento dentro de su propio grupo. A juzgar por lo señalado es posible presumir que: 1) Mariátegui consideraba preferible la constitución de un movimiento nacional de "masas" que la formación de un partido de cuadros; 2) dicho movimiento debía reconocer la existencia de plurales puntos de vista o de tendencias en competencia a partir de las cuales las posiciones marxistas deberían, por medios democráticos, gravitar crecientemente en las definiciones ideológicas y políticas; 3) rechazaba la idea de dar a la tendencia socialista una forma orgánica ajena, exterior o independiente del movimiento político nacional.

Según mi opinión, estas distintas concepciones de la organización política se encontraban interconectadas con la diferente manera como Haya y Mariátegui resuelven la relación entre la nación y el socialismo. Entre el 24 y el 28, en cartas personales más que artículos públicos, Haya sostiene que el estado aprista es la condición o la preparación del socialismo y que éste debía ser preparado de una manera eficaz y "silenciosa". Sin embargo, el hermetismo de los textos hace imposible, por lo menos para mí, saber si Haya creía en el socialismo como un momento "superior" del desarrollo del estado aprista o como una "etapa histórica posterior". Como se observa el problema que aquí discuto es si para Haya el mismo impulso que construye el estado y la nación crea el socialismo o si la



constitución del estado nacional y el socialismo son dos procesos distintos y separados en el tiempo.

La idea que ellos son momentos secuentes dentro de un mismo proceso histórico se encuentra sustentada en las características de su reflexión sobre el partido, el estado y el tipo de desarrollo económico y político conjeturado para el país.

Si bien el Apra era concebido como un partido policlasista, Haya sostuvo que los intereses de las clases dentro de aquél debían jerarquizarse de modo que los de la clase obrera prevalecieran sobre los de los campesinos y los de éstos sobre los de "las clases medias". Este ordenamiento sería garantizado por la manera como se estructurarían los mecanismos políticos y organizativos en la dirección del partido. Si ello no ocurriera y el orden se invirtiera, advertía Haya, entonces el Apra devendría en el sujeto político del capitalismo en el Perú. Ahora bien, como la clase obrera era "joven e inexperta" y Haya privilegiaba el principio de representación, entonces podemos concluir que la evolución del aprismo al socialismo dependía de la permanencia de los dirigentes que expresaban los intereses de aquélla en la dirección del partido. No es preciso ser muy perspicaz para darse cuenta, recordando su personalismo y caudillismo, que Haya se concebía como el garante de las posiciones socialistas y de los intereses obreros. Esta misma reflexión se duplicaba en su concepción del estado: igual orden jerárquico de los intereses sociales, igual principio de representación, etc. De este modo, pues, podemos presumir que el pasaje del Apra al socialismo y del estado antiimperialista al socialismo sería "asegurado" por la presencia de Haya, en la jefatura del partido y el estado.

El estado antiimperialista era concebido, a su vez, como cogobernado por "las tres clases" pero a través de modalidades distintas en relación con los planos político y económico. La presencia de los intereses de las clases en la dirección política del estado, en el orden anteriormente señalado, sería directa, dado el primitivismo o la inmadurez de sus conciencias. Pero los méritos atribuidos a la "clase media", especialmente a sus grupos intelectuales, profesionales y técnicos, la haría el titular efectivo de la maquinaria estatal. Que los intereses concretos de los grupos medios no se vieran privilegiados por el ejercicio directo del poder político dependía entonces de los atributos morales, la conciencia política o la ideología socialista de los dirigentes del Apra. La garantía de la larga evolución histórica del estado antiimperialista al socialismo se enraizaba entonces en la subjetividad de las conciencias. En el plano económico del estado, sin embargo, el estado antiimperialista aseguraba la presencia directa de los delegados de las tres clases a través de una institución gubernamental que estatutaba el principio de la "participación funcional". Nos referimos al "Congreso Económico Nacional", entidad planificadora del desarrollo económico en la cual las clases articulaban sus intereses. La idea de la participación funcional fue inspirada, según nuestra opinión, por las tesis de los socialistas gremialistas ingleses, cuyos textos, especialmente los de Colé, fueron conocidos por Haya en Oxford. A través de la participación directa y "cualitativa" en la dirección económica, las "clases inexpertas" accedían así a un poder que sólo por representación lograban en el plano de las decisiones políticas.


El desarrollo nacional fue identificado por

Haya en los términos de un proceso de industrialización basado en el control estatal de los ejes de la industria y bajo el liderazgo de un gobierno dominado por las clases productoras. Haya se refiere a la construcción de un capitalismo de estado que percibe como la modalidad específica a través de la cual, en los países dependientes, es posible someter a la inversión extranjera a la regulación nacional. No olvidemos, en este sentido, que para Haya el capitalismo no surgía al interior de las sociedades dependientes, esto es, no era un producto endógeno del proceso histórico, como en Inglaterra o Europa, sino que se introducía por impulso externo. Su sujeto social en el Perú, como en las sociedades dominadas, no era entonces la burguesía nativa ni se podía esperar tampoco que ésta se hiciera fuerte en la trama económica y en la sociedad civil para luego hacerse cargo del poder del estado. Para Haya, el sujeto político debía ser el gobierno, bajo control de las clases productoras nacionales, y el proceso de industrialización, a su vez, se implantaría enérgicamente en la sociedad a partir de las alturas del estado. Sin embargo, este enfoque no lo condujo a plantear la estatización de la economía. Haya propone, más bien, una economía mixta que caracterizaría el proceso de transición. El estado, cierto es, asumiría el control de ramas estratégicas y sometería a la inversión extranjera a las condiciones de su propio plan de desarrollo, pero apoyaría a los pequeños y medianos industriales nacionales, cooperativizaría la propiedad agraria y alentaría las comunidades campesinas. Propiedad estatal, propiedad privada y propiedad cooperativa coexistirían entonces... pero bajo distintas condiciones. En efecto, Haya plantea la necesidad de privilegiar el cooperativis-

mo, en el campo y en la industria, y distinguiendo estatización y "nacionalización" socialista se reafirma en la opción de un traslado progresivo de las empresas públicas al control de sus trabajadores. En este sentido, en 1932, la célula parlamentaria aprista propone en el congreso la nacionalización de las empresas extranjeras. La fundamentación teórica de su planteamiento es remitida por Haya a la concepción leninista del capitalismo de estado y su fundamentación empírica a la experiencia de la NEP. Es precisamente por el carácter del estado, y la modalidad de la organización económica, que Haya cree en la posibilidad de controlar los "perjuicios" inherentes a la presencia imperialista y al capitalismo en la viabilidad ulterior del socialismo en el Perú.

Como observamos, la tesis de un progresivo proceso de socialización como un momento interno del desarrollo del estado nacional antiimperialista se explica por la presencia directa de las clases productoras en la dirección económica del estado, la transferencia progresiva de las empresas estatales a la gestión de sus trabajadores y el desarrollo de las cooperativas de producción en el campo y la industria, el surgimiento y expansión de una clase trabajadora moderna y adulta a partir del proceso de industrialización, el aprendizaje político democrático a realizarse por el productor y el ciudadano en los municipios, los comités de desarrollo departamental, el poder regional y en los poderes más tradicionales del parlamento... etc.

Sin embargo, otros indicios conspiran contra la aceptación de estas hipótesis. Haya tendió a identificar en esos años el proceso de industrialización con el capitalismo y a considerar que el socialismo precisaba, como eta-




pa previa, de la formación de un proletariado y una burguesía maduros. Afirmó reiteradamente, basándose en textos de Engels más que en los de Marx (pero también en los de éste) que sin el desarrollo del capitalismo y de su maduración, "como en Europa", no era posible plantearse la tarea socialista y expresamente remitió ésta a un futuro tan lejano como inverificable. Por otro lado, el poder retenido por la dirección política del estado antiimperialista, en su esquema de desarrollo y la naturaleza mesiánica y caudillista de su estilo de liderazgo siembran dudas razonables en torno a la realización eventual del previsto proceso de socialización de la sociedad peruana.

Mariátegui, en cambio, pareció adherirse a la idea de que el socialismo antes que "un fin" era "un movimiento". No es casual que a esta idea le dedicara varias de las mejores páginas de su "Defensa del marxismo". En este sentido, Mariátegui percibía el socialismo como una tendencia actual cuyo desarrollo en el presente era condición de su realización en el futuro. Como tendencia actual ella enraizaba en las comunidades campesinas, la naciente clase obrera, las organizaciones agrarias, sindicales y populares, las vanguardias estéticas y culturales, el movimiento indigenista, en los contenidos implícitos de la lucha social y política. Si bien no pareció ilusionarse con lo que en lenguaje "duro" eran las "bases objetivas" de su tendencia, Mariátegui operó más bien en el ambiguo tejido de las posibilidades, ese rostro oculto de la realidad que guarda el decisivo poder de reconstruirla y configurarla. Por ello, el desarrollo de un punto de vista nacional, el "descubrimiento" del linaje socialista de los más profundos impulsos de los movimientos

socio-culturales, la práctica de la política como operación de concertación y generación de consensos entre los titulares de la nación, el uso diestro de los medios de comunicación creados por él para distintos públicos, el apoyo al crecimiento autónomo de las organizaciones se fueron constituyendo en la identidad de su práctica.

Aunque la pérdida de su último libro nos impide un juicio definitivo, Mariátegui no pareció haberse preocupado *sistemáticamente* por definir un cuadro de transición, ni un programa de desarrollo para la sociedad peruana, ni una estrategia para la toma y uso del poder del estado. Según nuestra opinión, ello no sólo es explicable por su muerte temprana y el conocimiento de su proximidad. Acaso tampoco por la "inmadurez" percibida de la situación del país para un "proyecto socialista". Aunque elaboró ciertos criterios que permiten aventurarse en la identificación de sus puntos de vista en relación con estos problemas, nos parece que su tarea fue definida por él en términos distintos a las convenciones tan frecuentes en los "dirigentes revolucionarios" de la época. Parece evidente, por lo menos para mí, que definiendo al socialismo como movimiento actual (y no como "etapa posterior del desarrollo histórico"), o como tendencia presente, operando en un movimiento nacional precisado de articulación, Mariátegui fue conducido a centrar su atención en la práctica social cotidiana, en él desarrollo de "los posibles", en las interferencias eficaces del rutinario sistema de reproducción de la vida. Por esta vía, invirtió la escala temporal de los programas o estrategias políticas, tan frecuentemente orientadas, en las denominadas vanguardias, hacia futuros tan exultantes como imaginarios, orientando-



las hacia el presente. Pero no a aquél, mediocre, que cristaliza los residuos o las excrecencias del pasado, sino a otro que funda el futuro en los límites, las irregularidades, los conflictos de las prácticas de hoy. Una revisión cuidadosa de los numerosos textos que dedica a la fenomenología de los tiempos y a las relaciones psicológicas que estatuye la actividad transformadora entre pasado, presente y futuro, entre tradición y modernidad, entre el poder de las herencias y el de la imaginación, puede confirmar nuestra interpretación. Ello no significa, reitero, la inexistencia en él de una imagen del futuro posible o deseable. Mariátegui afirmó la necesidad de un camino al socialismo basado en la transformación endógena de las comunidades indígenas, la expropiación de los latifundios costeros y su conversión en cooperativas de producción, la vinculación económica entre cooperativas y comunidades, la nacionalización de empresas extranjeras, la democratización del estado, la reforma del sistema de enseñanza, etc. Más aún, advirtió ambiguamente que una sociedad socialista realizaría ciertas tareas que el capitalismo realizó en otros países. Todo ello es cierto como también lo es la inexistencia en sus obras conocidas del trazado definido de una arquitectura institucional del socialismo o de la estrategia económica y política para organizarlo como estado y sociedad. No..., lo que queremos decir es que orientándose por la idea de que el socialismo era una activa tendencia inscrita en la realidad presente y en el movimiento histórico por el cambio, dedicó su trabajo a la constitución de su identidad y a la expansión de sus fronteras. Ello recentró la temática de su imaginación, de su conciencia y de su práctica en la transformación actual de las resistencias

opuestas por la sociedad de su tiempo, en la conquista de un espacio para el desarrollo contemporáneo de los valores subyacentes a la opción socialista, en la socialización creciente del impulso nacional contra la dominación. Ello explica lo que alguien podría pensar como "carencia de una visión de largo plazo".

Pero la explicación puede encontrarse también en las particulares relaciones que estableció entre la construcción del socialismo y la construcción de la nación. En varios pasajes de sus obras, Mariátegui expresa haber optado por la construcción de un movimiento nacional dentro del cual habite una tendencia socialista. Para comprender el sentido de esta propuesta conviene recordar que el comportamiento de Mariátegui, en distintos escenarios de la sociedad peruana de entonces, se orientaba por una dirección que *simultáneamente construía el movimiento nacional y la tendencia socialista*. Las expresiones de esa conducta han conducido, por ejemplo a José Aricó, a creer que para Mariátegui la constitución de un movimiento social nacional era la condición previa para la constitución de un partido socialista "de masas". Esta hipótesis tiene una base consistente. Sin embargo, como hemos señalado, la revisión de la evidencia disponible abre también la posibilidad de un enfoque alternativo que, en vez de percibir la secuencialidad entre una y otra, observa su simultaneidad. En otro texto, estamos presentando la evidencia en que podría basarse este enfoque. Utilizamos el condicional dada la ambigüedad significativa de los escritos y movimientos de Mariátegui. Aquí, sin embargo, queremos explorar el significado e implicaciones de este enfoque pues ello nos parece de crítica importancia no sólo para

comprender la acción política de Mariátegui sino también varios de los problemas que enfrentan algunos grupos socialistas en la América Latina de hoy.

Si entiendo bien, la organización de los socialistas como tendencia no era para Mariátegui el resultado de un impulso histórico distinto a aquél que construye la nación a través de un movimiento político más amplio de las "clases nacionales explotadas" (El Apra). Por tanto, el desarrollo organizativo futuro de la tendencia no podía percibirse como un precipitado o decantación posterior del movimiento político social más amplio que los separara políticamente de éste. Esta interpretación encuentra apoyo no sólo en textos previos sino en la extraordinariamente intensa frustración afectiva que Mariátegui expresa en sus cartas luego de la ruptura del Apra así como en las contradicciones de su pensamiento entre ese momento y el de su muerte ocurrida dos años más tarde. Más bien es posible encontrar indicios, más que evidencias, (en sus acciones políticas más que en sus textos) de que Mariátegui optaba por un proceso creciente de gravitación política de la tendencia socialista dentro del movimiento nacional. Este proceso, que involucraba un complejo conjunto de actividades intelectuales, culturales, morales e ideopolíticas tanto como organizativas, permitiría desplazar el movimiento nacional hacia posiciones que él mismo descubriría a través de su colectiva práctica teórica y política. Ello implicaba, por tanto, apostar por una progresiva socialización de las prácticas del movimiento nacional de modo de hacer del socialismo un momento superior de su desarrollo o, si se quiere, el producto de su autodeterminación colectiva. Para esta visión entonces no existe una separación


política de la tendencia socialista respecto del movimiento nacional ni una secuencialidad temporal que hace de aquélla un desprendimiento organizativo de éste.

Esta perspectiva plantea el difícil problema de la relación entre la tendencia socialista impulsada por Mariátegui y el conjunto del movimiento sociopolítico nacional. Resulta claro que habitar dentro del movimiento nacional más vasto implicaba para la tendencia socialista ser reconocida como una *tendencia nacional para* lo cual era preciso no solamente constituirse como una "presencia", es decir, como un "estar en" el movimiento y, menos aún, revelar esa presencia como una operación destinada a instrumentarlo para un proyecto extraño. Ser reconocida como una tendencia socialista nacional implicaba participar en la construcción del movimiento nacional, vale decir, intervenir en la organización de su discurso, en la definición de su práctica, en la expresión de su estilo, en el diseño de sus objetivos, de sus estrategias, de sus tácticas. En otros términos, estar en el origen y desarrollo de su identidad. Ello no era posible sin identificar la tarea nacional con la tarea socialista. La tarea nacional se definía, en el plano programático, por la lucha por la realización, entre otras, de la reforma agraria, la nacionalización de empresas extranjeras, la industrialización del país, la articulación vial, el crecimiento proporcionado de las regiones, la reforma educativa, etc. En el plano más propiamente cultural, por la revaloración de la cultura indígena, el aliento a las diversas expresiones culturales provincianas y a las vanguardias estéticas de Lima, el encuentro de una articulación entre la cultura occidental y la nativa, el replanteamiento del problema de la nación peruana y el desarrollo de una

conciencia nacional. En el plano de la organización política, por el desarrollo de los primeros intentos de organización independiente de campesinos, obreros, empleados e intelectuales y la promoción del Apra como movimiento nacional articulador. Todas estas temáticas y acciones, propias de la tarea nacional en esos años, constituyeron el objeto central de la reflexión de Mariátegui, y con distintos grados de amplitud y profundidad, de otros *grupos intelectuales no socialistas*, pero igualmente comprometidos con el surgimiento del Apra. La temática nacional y la práctica política a ella ligada, eran entonces el unitario quehacer de todas las tendencias del movimiento. La identidad de los socialistas no podía pues fundarse fuera del discurso nacional sino dentro de él. Pero entonces, ¿cómo diferenciar el proyecto socialista? ¿Cómo dotar de personalidad, es decir, de autonomía, a su presencia política? Mariátegui no optó, como fue más bien la norma de las décadas siguientes, por plantear una temática socialista agregada y distinta a la temática nacional y cuyo contenido se orientaría a las tareas futuras, a realizarse en "la etapa posterior" al cumplimiento de la tarea nacional. Por ello, no es posible encontrar en sus escritos un diseño organizativo de la sociedad socialista en el Perú o una estrategia o un programa para tal objetivo. La identidad socialista tenía entonces que realizarse en otro plano. Y éste era el de la fundamentación socialista de la temática y práctica nacional. Lo que diferenciaría a los socialistas entonces dentro del movimiento nacional, era su específica construcción del objeto nacional. Ello permitiría un doble movimiento por el cual simultáneamente se instituía el carácter

nacional y el carácter socialista de su tendencia. Esta concepción teórica tenía su contraparte organizativa. La organización socialista no podía fundarse exteriormente al Apra (como movimiento) sino dentro de él. Ello planteaba un crucial problema que sólo en apariencia es técnico-organizativo. ¿Cómo habitar dentro del Apra sin que las inevitables fronteras que crea una estructura organizativa dentro de otra mayor no generará los conflictos tan frecuentes en los llamados "frentes partidarios" o "alianzas políticas"? Si entiendo bien, Mariátegui intenta resolver ese problema descartando hasta donde pudo (el 28) la formación de un "partido" y optando por la creación de una "tendencia", es decir, de un grupo abierto, unido más por la temática teórica (la fundamentación socialista de la tarea nacional) y las prácticas de aliento y apoyo a los sujetos sociales y políticos de la nación, que por un diseño organizativo cerrado y jerárquico. Ello significaba entonces descartar la idea de una frontera organizativa que diferenciara institucionalmente a los socialistas de los no socialistas dentro del movimiento nacional.

El criterio definitivo para identificar a los socialistas no era su partidización sino la calidad de sus prácticas teórico-políticas y su disposición para concurrir en un tipo de intercambios creativos con los otros sujetos políticos del movimiento nacional. Sólo de este modo, podía esperarse que: 1) el desarrollo de la identidad socialista no significara la ruptura de la identidad nacional; 2) el incremento de la influencia política socialista no implicara ni fuera percibida como la *ocupación* de un "territorio" político nacional; 3) el movimiento nacional fuera desplazándose crecientemente por una endógena autoridad cultural, moral, política, ideológica de carácter so-



cialista. Aunque esto parezca extraño, esta concepción no puede ser comprendida desde la perspectiva de la hegemonía gramsciana. Pero explicar esto ahora es una tarea extraña a un texto excesivamente extenso y que insensiblemente se aventuró más allá del que

fue su propósito original.

Es así como, según mi opinión, Haya y Mariátegui elaboran las primeras bases teóricas para una aproximación latinoamericana a los problemas del desarrollo, la nación y el socialismo. 